

## Charles Cros, un Genio Olvidado

---

Por César Tiempo.

Las tertulias de la rue Royal son famosas en todo París. El doctor Antoine Cros, médico y escritor penetrante —autor de un libro audaz, *Decoordinations*, e inventor del plexímetro— se complace en abrir su casa a las más originales inteligencias del momento.

Un poeta a media noche tiene el aspecto de una ciudad que ha dormido bien. Una tertulia es la ciudad en vela. Aquí está Francois Coppée, empleado del Ministerio de la Guerra, idéntico en su palidez, sus largas guedejas y su codicia al Napoleón de la primera juventud. Desde el 14 de enero de 1869, fecha del estreno de *Le Passant*, que consagró definitivamente el genio dramático de Sarah Bernhardt, Coppée se ha convertido a pesar suyo en el ídolo de los salones. Pero así como el tenor Duprez no podía seguir cantando después que le aplaudían, el joven poeta tan pronto como se le hace un elogio, como se ve observado con pertinacia, enrojece hasta las orejas y pierde el habla, a tal punto que los camaradas llegan a preguntarle al dueño de casa si no le ha hecho víctima de una glosotomía antes de la reunión, envidioso de su ascendiente, de su suave autoridad sobre la misma. El médico, seco como una rama de mirto, no sonríe. Pero la luz se concentra en sus ojos y parte hacia el interlocutor envolviéndolo en su mirada cordial.

Coppée ha presentado esa noche a un nuevo amigo. Es un poeta cuya barba forma volutas bermejas en sus mejillas y que, a falta de melenas, se mesa nerviosamente la calva. Se llama Paul Verlaine y parecería que estuviera viviendo uno de sus versos zumosos: *J'ai fait souvent ce rêve étrange et pénétrant*. El poeta de las *Fêtes Galantes* observa todo con ojos soñolientos pero sin perder un detalle. La tertulia es frecuentada por los especímenes más curiosos. Junto a un sedicente rey de Araucania, un médico famoso o un *sportsman* y, más allá, el hermano del anfitrión, César Enrique, que pinta con ceras coloreadas deliciosos retratos de mujeres; León Valade que hará maravillas en un género muy suyo: el triolet; el erudito Jules Andrieu,

organizador de la Enciclopedia Larousse que ocupará luego el consulado de Francia en Jersey y acompañará a Verlaine en sus andanzas por Inglaterra; Albert Meiat, que acaba de traducir el *Intermezzo* de Heine, Fabre, el famoso entomólogo que sobrevivirá a toda su generación, excepción hecha de Anatole France. Y a propósito del autor de Yocasta es necesario señalar que la ambición apremiante de los poetas de ese grupo es incorporarse al *Parnasse Contemporaine* —de ahí les vendrá luego el nombre de parnasianos a los que obtienen el acceso— y todas sus energías se concentran cordialmente alrededor de Anatole France que ya ha publicado sus *Poèmes Dorés* y es el consejero inapelable de la casa Lamétrie, la editorial que revelará los valores ordinarios y extraordinarios del siglo.

Pero en tanto esos jóvenes correctos, prudentes, vanidosos, no exentos de temperatura, casi todos empleados de gobierno, sueñan con la inmortalidad y esperan el pan de la gloria como el soldado a su furriel después de una dura jornada, improvisando constantes escaramuzas contra los que disponen del extraño privilegio de discernirla, alguien que pasa inadvertido en la reunión se atreve a discrepar con los impacientes.

—No me explico esa avidez por figurar en las antologías, por descollar en las letras. Como el nieto del tendero de Eyquem, aquel boidelés bajito y rechoncho que respondía al nombre de Miguel de Montaigne, me permito proponer una vida baja y sin brillo. Es en definitiva la más pura y la única que no quita el sueño, dice con acento pausado y glacial.

Una de las más importantes propiedades del *boomerang* es la de volver a los pies del que lo ha lanzado después de haber descrito en el aire una parábola increíble. Casi involuntariamente Verlaine dirige su vista hacia las botinas de aquel hombre. Luego observa el contraste entre sus hombros estrechos y su frente pálida y ancha. Aquella cabeza invita al diálogo. Y responde:

—En su “Discurso de la servidumbre voluntaria”, Etienne de la Bœtíe, íntimo amigo del pensador que ha alcanzado su mediodía, y usted acaba de nombrar, el poeta protesta contra la tiranía de la mediocridad. Es imposible admitir, señor mío, su proposición enderezada a despojarnos de ideales, a hozar como las bestias, a entregarnos maniatados a las fuerzas que no quieren que el hombre viva su vida sino un simulacro de la vida, a rendir culto, en suma, a Baal —Fatas y a Baal— Fegor al mismo tiempo.

—Pero, señor Verlaine, ¿usted cree aún en el amor de lo imposible? Roger Bacon, a quien no en vano llamaban *el doctor admi-*

table, llegó a decir que si pudiese disponer de los libros de Aristóteles, los haría quemar todos; porque su estudio hace perder el tiempo, engendra el error y propaga la ignorancia...

—Eso no puedes defenderlo tú, Charles, que vives aristotelizado, —tercia el dueño de casa—. Ya se que es absurdo ver en Aristóteles la última palabra de la filosofía, pero el hombre que sostuvo en su *Ethica* que el alma es una vida de revisión y depuración, una vida que valga la pena de vivirse, no puede ser tratado con esa ligereza.

—En un solo punto estoy de acuerdo con el autor de la *Metaphisica*; y es aquel en que sostiene que el alma no puede ser materia ni forma, sino materia y forma por la simple razón de que no puede haber materia sin forma ni forma sin materia. En cambio, —y aquí le brillaron los ojos— ustedes los idealistas admiten que haya poemas sin poesía y copas sin vino y alegría sin mujeres, o al revés, lo que no deja de ser menos contradictorio y menos penoso. Mi querido hermano, agrega dirigiéndose al doctor Cros, a ver si descorchas una o diez botellas a la salud de mi primer impugnador, el crepitante Paul Verlaine... La tensión del espíritu produce una sed atroz. De todos modos, permítanme que corte el pabito de la vela. De ahora en adelante se prohíbe hablar en serio...

Y corona la frase con una risa filosa cuyo metal hace recordar el de una piqueta horadando la piedra.

—¿Quién es ese hombre?, pregunta por lo bajo Verlaine a su amigo Coppée.

—Ya lo oíste, un hermano del doctor Cros.

Y antes de que el poeta de "La bonne chanson" pueda evitarlo, Coppée que ha ahogado su timidez en tres copitas de absintio, se encara con el propio Charles Cros para decirle:

—Verlaine quiere saber quién es usted...

—Puedo complacerle sin ninguna violencia, —contesta el interrogado, cruzando una pierna sobre otra y echando la poderosa cabeza hacia atrás. Nací el 1º de Octubre de 1842 —el mismo año que Heredia, que Mallarmé— en Fabrezan, a tiro de ballesta del Aude, y cerca de Narbona, de quien dijo Séneca *Narbo ventosa vel venenosa* a pesar de haber sido cuna de San Sebastián, el mártir que abanzó la profesión de las armas para aliviar a los cristianos en las persecuciones que padecían. He llevado una existencia constelada de pequeños acontecimientos insignificantes. Todo lo demás queda resumido en un soneto que puedo discantar siempre que no teman ser devorados por el fuego celeste como los hijos de Aarón.

Y con la aprobación de los circunstantes recita en voz apenas perceptible, sin abandonar su asiento:

*Je sais faire des vers perpétuels. Les hommes  
Sont ravis à ma voix qui dit la vérité.  
La suprême raison dont j'ai, fier, hérité  
Ne se payerait pas avec toutes les sommes.*

*J'ai tout touché: le feu, les femmes, et les pommes;  
J'ai tout senti: l'hiver, le printemps et l'été;  
J'ai tout trouvé, nul mur ne m'ayant arrêté.  
Mais Chance, dis-moi donc de quel nom tu te nommes?*

*Je me distrais à voir à travers les carreaux  
Des boutiques, les gants, les truffes et les chèques  
Dù le bonheur est un suivi de six zéros.*

*Je m'étonne, volant bien les rois, les évêques,  
Les colonels et les receveurs généraux  
De n'avoir pas de l'eau, du soleil, des pastèques.*

El estupor retarda el aplauso de los oyentes. ¿Quién es aquel desconocido que en una época ególatra escribe versos de esa gracia ingenua y punzante, irisados de atisbos geniales? ¿Quién es aquel desconocido que en medio de la corriente decoradora, fantasista, atildada, lujosa de la poesía del momento muestra un mundo de imágenes claras, simples, risueñas y perversas con el gesto del que vacía sus bolsillos sobre una mesa?

Se llama Charles Cros. No ha publicado sino dos pequeños libros: *Le Coffret de Santal* (1) y *Le Fleuve* (2). Ya se sabrá quién es sin que ello contribuya a rescatarlo del anonimato. Ni sus poemas, ni su sabiduría, ni sus inventos, ni el hecho de haber influido tan poderosamente en la obra de Verlaine, de Arthur Rimbaud, de Germain Nouveau agregará una biuzna de luz a su nombre. Más tarde se le verá ganándose la vida recitando monólogos (3) en el *Chat Noir* o asistiendo a las veladas feéricas de Nina de Calliás, en las que se habla de autores, de música, de ciencia, se bebe, se baila y se despelleja a

(1) *Edit. Lomérre, 1873, y Tresse, 1879*

(2) Publicado en 1875 con ocho aguafuertes de Manet

(3) En realidad Cros fue el creador del monólogo. Y en ese sentido el repertorio de Coquelin fue íntegramente provisto por él: "L'Homme Propre", "L'Homme qui a voyagé", "L'Obsession", "Le Voyage à trois étoiles", dieron la vuelta a Europa

todo el mundo. Madame de Stäel ha definido el genio para una mujer, como el luto pomposo de la felicidad. Nina de Calliás, superficial y encantadora es, en cambio, enteramente feliz, rodeada por las figuras representativas de su tiempo. . . Aparte de los ya nombrados están aquí Rochefort, el libelista de *Lanterne*; Villiers de L'Isle Adam, el autor de *L'Eve future*, que canta al órgano versos de Baudelaire a los que él mismo ha adosado una música desconcertante; Leon Dierx, el cantor de *Lèvres closes* que a la muerte de Mallarmé fue proclamado el príncipe de los poetas; el mismo Stephan Mallarmé, distraído y moidaz; Chabrié, Edmond Lepelletier, Sivity, Emmanuel des Essarts, en una palabra: la quintesencia del genio francés. El centro de las veladas es siempre Charles Cros que se multiplica en mil bufonadas inverosímiles, toca el piano con los codos y crea pequeñas obras maestras o dice con un aite encantadoramente desmelenado algunos de sus últimos monólogos —*Le Bilboquet* o *Le Meuble*, o ese poema *Le hareng saur* que todo París repite sin acordarse del nombre del autor (4).

Charles Cros es un genio auténtico, una personalidad extraordinaria, bloqueada por un silencio que nada logrará romper. En París, donde muere el 9 de Agosto de 1888, apenas si una calle —*Charles Cros L'Inventeur*— recuerda su nombre. Y sin embargo, Cros no es sólo un enorme poeta, un creador alucinante, sino un inventor prodigioso y un hombre de ciencia de primer orden, un ejemplar humano de categoría milagrosa, un genio (5).

He aquí en rápida síntesis su trayectoria intelectual. A los 14 años habla y escribe perfectamente el hebreo. A los 16 enseña la lengua de los profetas, el griego y el sánscrito, y tiene por alumnos a Michel Breal y Paul Meyer, profesores del Colegio de Francia. El 30 de abril de 1876, adelantándose en un año a Edison, inventa el fonógrafo —que él llama paleófono—. Descubre además el secreto de obtener ciertos colores en fotografía directamente por el sol y recoge sus experiencias en el libro *Solution générale du problème de la photographie des couleurs*, publicado a los 27 años. También escribe un estudio sobre los medios de comunicación con los demás planetas,

(4) En una feliz versión de Enrique Méndez Calzada, la famosa Berta Singerman viene divulgando con su arte inimitable este poema ante todos los auditorios de América. Este "angélique enfantillage" que comienza con los célebres versos —"Il était un grand mur blanc— nu, nu, nu — Contre le mur une échelle— haute, haute, haute.— Et, par terre, un hareng saur— sec, sec, sec"— está dedicado a Guido Carlos Cross, hijo del poeta, poeta a su vez, autor de "Les fêtes quotidiennes" y "Retour des flammes" que obtuvo el premio Moreas. Al quedar huérfano Guido se radicó con su madre en Dinamarca.

(5) "Genio —ha dicho de él Paul Verlaine— le mot ne semblerá pas trop fort á ceux assez nombreux qui ont lu ses pages impressionnants á tant de titres, et ceux lecteurs, ne les traite d'assez nombreux en vertu de la clarté, méme un peu nette, un peu brutale, et de bon sens parfois aigu, paradoxalement dur, toujours á l'action, qui caractérise sa manière si originale d'ailleurs".

un tratado acerca de la mecánica cerebral y un poema profético “*La Visión du grand canal royal des Deux Mers*”, que publica poco meses antes de su muerte. Inventa, además, un telégrafo autográfico y un cronómetro. Estudia, como si aquello fuera poco, medicina, filosofía, matemáticas y ciencias naturales, y en todas esas especialidades se desenvuelve como un maestro. Pero prefiere la calle al gabinete, la rueda de los poetas malditos a los profesores enfermos de virotismo, la bufonada a la Academia. Este estupendo ejemplar humano que vive olvidado de sí mismo, poco antes de morir, aún no cumplidos los 46 años, se da tiempo para traducir algunos poemas de un lírico argentino, el atormentado Matías Behety (uno de los personajes de “*Juvenilia*” de Miguel Cané) con cuya bohemia tiene su vida tantos puntos de contacto.

No nos preguntamos ya quien lee hoy los poemas centelleantes de *Le Collier des Griffes* (6), su *Correspondance Interastrale*, su maravillosa *Science de l'Amour*, sus relatos de filiación poeana —*d'avant la lettre*— o cualesquiera de sus libros personalísimos, sino quién recuerda su nombre. Este nuevo doctor Fausto que abarcó todos los dominios de la ciencia y del arte, este poeta de inaudita originalidad, no fue combatido y lapidado como Mesmer, otro hombre de su mismo genio universal, sino olvidado, desconocido, relegado a la sombra.

Sin embargo, mientras repetimos en voz baja estos versos de su juventud:

*O lecteurs a venir, qui vivez dans la joie  
Des seize ans, des lilas et des premiers baisers,  
Vos amours font jouir mes os décomposés. . .*

nos hacemos a la esperanza de que, desde la eternidad, el alma golosa del poeta vuelva a estremecerse, vuelva a sonreír.

Bruselas, 1962.